

Desarrollo de la afectividad para el ejercicio docente en educación superior y media superior. Entrevista a la maestra Cecilia del Socorro Delgado Rodríguez

Sara Mireya Carmona Lozano

Resumen

En esta entrevista, la maestra en Psicoterapia Gestalt, Cecilia del Socorro Delgado Rodríguez, aborda la afectividad dentro del contexto educativo y su impacto en el aprendizaje de estudiantes de educación superior y media superior. Destaca la importancia del desarrollo de habilidades afectivas por parte de las personas docentes, como la autenticidad, el respeto y la empatía, para fortalecer su relación con los estudiantes. Además, enfatiza la necesidad de trabajar conscientemente la autorregulación y expresión positiva de las emociones, con el fin de generar espacios de enseñanza y aprendizaje más significativos y humanos.

Palabras clave: afectividad, desarrollo humano, inteligencia emocional, asertividad, docencia.

En el contexto educativo actual, hablar de afectividad en la docencia implica reconocer el papel central de las emociones en los procesos de enseñanza y aprendizaje. Por ello, se entrevistó a la maestra en Psicoterapia Gestalt y licenciada en Relaciones Industriales, Cecilia del Socorro Delgado Rodríguez, psicoterapeuta y profesora-formadora de docentes, con más de dos décadas de experiencia en desarrollo humano, quien actualmente capacita a docentes en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Resulta particularmente valioso conocer su perspectiva por su trayectoria, que combina esa formación académica con una profunda sensibilidad hacia el lado emocional de las personas, lo que le ha permitido impactar positivamente tanto en el aula como en otros entornos formativos. Esta entrevista, realizada por la licenciada en Comunicación e Información, Sara Mireya Carmona Lozano, nos invita a reflexionar sobre cómo construir relaciones afectivas auténticas entre docentes y estudiantes para generar ambientes de aprendizaje más significativos y humanos.



«El reto está en enamorar a los jóvenes de la materia, pero primero tenemos que enamorarnos de ella nosotros como docentes»

Maestra Cecilia del Socorro Delgado Rodríguez.

¿Cómo define la afectividad en el contexto educativo?

Cuando hablamos de afectividad, nos referimos a las emociones y los sentimientos generados, no sólo en relación con la cátedra, que comprende el desempeño del docente en sí mismo, a los contenidos de la materia o a los procesos educativos establecidos, sino también a aquella que se da en un estado relacional entre el docente y los grupos de alumnos, y también con los compañeros de trabajo.

¿Cómo se relaciona esta afectividad con el aprendizaje y desarrollo de los estudiantes? Por ejemplo, si tiene relación con la motivación y el rendimiento académico.

Definitivo [sí existe relación con la motivación y el rendimiento académico], en tanto el docente ame su propio desempeño. Yo sé que son docentes porque les gusta ser docentes, pero a veces la materia que imparten no era lo que esperaban o el programa no se ajusta a sus expectativas. Todo esto tiene un efecto en su propia motivación, en la manera de impartir su cátedra y en la forma en que transmiten el conocimiento a los estudiantes de educación media superior y superior, quienes pueden no encontrarle practicidad a la materia. Por ejemplo, lo que me dicen es: “Pero ¿y esto qué?, ¿cómo se aplica?, ¿cómo va a tener efecto?”. Todo tiene efecto, hasta en el desarrollo cognitivo, personal y en las distintas inteligencias. Si el docente sabe enfocar su materia con un sentido práctico, incluso simplemente por el desarrollo intelectual de la persona, el alumno va a encontrar la motivación suficiente para comprometerse con el aprendizaje.

Una de las cosas que desmotivan al alumnado es pensar que una materia es “de relleno”, porque los he escuchado decir eso. Por ello, el docente necesita aprender a infundir motivación en sus estudiantes, ¿a partir de qué?, de que se enamoren (de la materia que imparte), y ese enamoramiento tiene que ver con la afectividad de la misma.

Además de enamorarse de su materia, ¿qué habilidades afectivas considera esenciales en el ejercicio docente de los niveles educativos superior y media superior?

Lo primero es reconocer y conectar con las propias emociones y sentimientos. Culturalmente, se nos ha enseñado –sobre todo a generaciones como la mía– que el enojo, la tristeza o el miedo son “emociones malas”, y entonces dejamos de conectar con ellas. Así que la primera habilidad es identificar cuáles son las emociones que estamos sintiendo y después percibir las en los demás. La segunda habilidad es expresarlas de manera positiva y autorregulada, sobre todo con los alumnos. En ocasiones, olvidamos los gestos que hacemos; por ejemplo, podemos creer que estamos con-

trolando nuestras emociones, pero nuestros rostros reflejan molestia, enojo, desesperación o falta de entusiasmo, y los alumnos lo perciben –sobre todo los de nivel medio superior–, porque son muy inteligentes en este aspecto.

Por lo tanto, habría que practicar la manera en cómo expresar nuestra emotividad, no sólo a través de la voz, sino también a través de la gestualidad y la comunicación no verbal. En definitiva, las dos habilidades esenciales son: la primera, reconocer y comprender las propias emociones y las de los demás, y la segunda, saber expresarlas de manera positiva.

Sí, creo que también es fundamental evitar el juicio, tanto hacia nosotros(as) mismos(as) como hacia las demás personas. Como usted comentaba, nos enseñaron a clasificar las emociones como “buenas” o “malas”, lo que nos lleva a cuestionar nuestras propias reacciones: “¡No tendría por qué enojarme!” o “¡Esa persona no debería tratarme así ni hacerme caras!”.

Claro, tocas un punto importantísimo. Por ejemplo, cuando un alumno pregunta exactamente lo mismo que acabo de explicar, mi rostro inmediatamente muestra los ojos hacia arriba en una expresión de fastidio, y los alumnos lo notan. ¿Qué dicen?: “Ash, esa maestra tan fastidiosa”. Si el alumno volvió a preguntar, seguramente fue porque no estaba prestando atención, así que les doy un tip: respiren profundo, tomen consciencia de su expresión facial y explíquenlo nuevamente.

«Las dos habilidades esenciales son: la primera, reconocer y comprender las propias emociones y las de los demás, y la segunda, saber expresarlas de manera positiva»

¿Qué estrategias sugiere utilizar para fomentar la afectividad en el ejercicio docente de la educación superior y media superior?

Me encontré un artículo muy interesante en la *Revista Digital Universitaria* de la UNAM: “Las dimensiones afectivas de la docencia”, de la autora Benilde García Cabrero, donde hace referencia a varios autores que sugieren tres comportamientos clave en la práctica docente: la autenticidad, el respeto y la empatía. ¿Qué implica cada uno? La autenticidad en la docencia implica ser una persona genuina y consciente de sí misma, capaz de comportarse de acuerdo con sus sentimientos más verdaderos. Pero esto no significa reaccionar impulsivamente. Muchos alumnos me han expresado cómo algunos maestros, al no querer o no saber cómo enfrentarse a situaciones difíciles, hacen

«La autenticidad en la docencia implica ser una persona genuina y consciente de sí misma, capaz de comportarse de acuerdo con sus sentimientos más verdaderos»

una especie de “berrinche”, al decir: “¿Saben qué? Doy la clase por vista, ¡adiós!”. Es decir, adoptan una actitud evasiva ante el conflicto, en lugar de decir genuinamente: “¿Saben qué? Esta actitud que están teniendo me molesta, porque, –sobre todo en educación superior–, trabajamos con personas adultas o en proceso de formación”. En el nivel medio superior, el docente puede guiarlos, señalando: “Esto es un comportamiento adulto”, ayudándolos a desarrollar la afectividad en su proceso de aprendizaje.

Entonces, ser una persona auténtica implica reconocer nuestras propias emociones –enojo, miedo, envidia, celos, fastidio, frustración, etc.– y entender cómo impactan en la interacción con nuestros estudiantes. También implica expresar lo que genera alegría y afecto, logrando así un ambiente de enseñanza más humano y significativo.

Después viene el respeto, que significa valorar a las y los estudiantes como personas dignas, tratándolas con consideración, dignidad y respeto. En mi experiencia, sé que hay alumnos que, desde media superior hasta superior, han desarrollado estrategias para manipular situaciones, expresar quejas o desafiar a los docentes, lo que puede generar temor; entonces, frases como “Voy a ir a la junta universitaria” asustan a los profesores. Así que el respeto significa valorarlos como personas dignas, y la forma de tratarlos se tendría que mirar desde la asertividad.

Y, por último, la empatía, que implica entender los sentimientos del alumnado y responder apropiadamente a ellos. ¿Esto qué significa? Así como yo tengo derecho a experimentar enojo, miedo o alguna otra emoción que parezca “incorrecta”, también las y los estudiantes tienen ese derecho. Respetar el enojo o el miedo del(a) alumno(a) nos lleva a decirle: “te comprendo”, “comprendo que estás molesto(a), que esto te asusta o te da miedo”, permitiéndonos analizar juntos cómo canalizar esos sentimientos de manera constructiva.

¿Podría compartiros alguna experiencia en la que la afectividad haya tenido un impacto significativo en su práctica docente?

La afectividad tiene impactos tanto positivos como negativos. Un ejemplo de su efecto negativo, en términos personales e interpersonales, ocurre cuando un alumno cuestiona constantemente al docente, desafiando los conceptos revisados en clase. Esto, naturalmente, puede generar enojo.

Mientras se imparte la clase, no falta quien haga una pregunta que nada tiene que ver con el tema que se está viendo, y eso genera frustración. Si el docente no está atento a esta emoción ni a la angustia o descontrol que se pudiera generar, se presenta un conflicto mayor. Así que, día tras día, la incomodidad va en aumento, hasta que, sin darnos cuenta, llegamos a un punto de confrontación en el aula, y esto no es agradable ni para el grupo ni para el alumno. Si desde el primer momento identificamos qué nos genera molestia, lo principal es hablar con el alumno –fuera del grupo– y manifestarle nuestro sentir de manera asertiva: “Tus cuestionamientos me hacen sentir enojado/frustrado/con angustia, etc.”, y después, plantear posibles soluciones, como sugerir que las dudas más complejas se realicen fuera de clase o establecer una dinámica para organizar mejor las intervenciones.

Es importante reconocer que la emoción del docente no siempre proviene de la intención del alumno. A veces, la percepción de que nos están cuestionando, criticando o intentando ponernos “en aprietos” puede generar enojo, cuando en realidad el estudiante sólo busca comprender mejor el tema. Cambiar la perspectiva y establecer un diálogo con el estudiantado puede ser una estrategia más efectiva. Y cuando veo caras sonrientes, participación activa y opiniones que van en función con la cátedra, claro que me encanta. Lo que no me encanta es la cuestión negativa, por ejemplo, cuando los jóvenes se distraen con el teléfono, generando frustración. En algunos casos, estudiantes –especialmente en educación superior– asumen menos responsabilidad sobre sus obligaciones académicas. Ante esto, la respuesta común del docente es advertirles: “Si siguen así, no van a aprender”; por lo que les propongo un reto: permítanles hacerse responsables de sus actitudes.

Lo primero es hacerles notar que el celular los está distrayendo –a ellos mismos–, sin permitir que esto impacte en nuestra actitud como docentes, para poder continuar con la cátedra. Eventualmente, en el primer parcial, los resultados reflejarán las consecuencias de esa falta de atención. Cuando un estudiante pregunte: “¿Por qué me reprobó?”, lo invitaremos a reflexionar: “¿Te acuerdas que te la pasaste viendo tu teléfono en todo momento? Quizás eso influyó en tu desempeño, así que te invito a que la siguiente vez dejes de hacerlo”. Si bien esto puede parecer sencillo en teoría, en la práctica supone un desafío, especialmente con estudiantes jóvenes. El verdadero reto es permitirles madurar y aprender de sus propias decisiones.

Desde su experiencia, ¿ante qué desafíos podrían enfrentarse las y los docentes al desarrollar una relación afectiva y efectiva con las y los estudiantes?

El desarrollo afectivo siempre ha estado presente; quizás no lo hemos querido reconocer, ya sea por factores culturales, de creencias, etc. Pero el principal desafío es tomar consciencia de su existencia y reconocer que necesitamos hacer cambios en nosotros mismos para mejorar nuestras habilidades y eliminar esas barreras que nos lo impiden. Esto implica aceptar nuestras propias emociones y reacciones, además de reconocer cuando se hace un berrinche, cuando nos molesta que los estudiantes no nos prestan atención por estar platicando, distraídos en sus celulares o mirando por la ventana. Esto es, hacer una introspección sobre lo que pasa a nuestro alrededor y de qué manera nos afecta. Ahí está la afectividad.

Se trata de tomar consciencia de nuestro sentir y expresarlo con claridad, ¿qué me molesta exactamente de sus actitudes? Pero también es importante reconocer los límites del respeto entre docentes y estudiantes, que podrían verse afectados de manera negativa a través de juicios o respuestas inapropiadas o cuando algunos docentes intentan generar una cercanía excesiva con sus alumnos, sobrepasando el límite necesario en la relación profesor-estudiante.

Recordé una publicación que vi hace tiempo en la web sobre la importancia de manejar adecuadamente situaciones incómodas con los estudiantes. En ella, se mencionaba que, si surgía la necesidad de hablar con un alumno al final de la clase debido a alguna inconformidad, era recomendable evitar encerrarse en el salón; lo ideal era dejar la puerta abierta para prevenir posibles malinterpretaciones y garantizar un ambiente de transparencia y seguridad.

Es importante tener precaución con el contacto físico. En la revista que mencioné anteriormente, se señalaba que, si se realiza, debe hacerse con afectividad y respeto. Sin embargo, yo sugeriría evitarlo, ya que, aunque sea bienintencionado, podría ser malinterpretado o utilizado en contra del docente. Gestos como una palmadita en la espalda o una mano en el hombro pueden parecer muestras de cercanía, pero no siempre son bien recibidas por la otra persona. Por ello, lo más recomendable es evitar el contacto físico y optar por otras formas de demostrar respeto y empatía.

«Lo primero es reconocernos como seres emocionales, y la inteligencia emocional juega un papel fundamental en este proceso»

Finalmente, ¿cuáles son sus principales recomendaciones para fomentar la afectividad en las aulas de educación superior y media superior a través de la práctica docente?

Lo primero es reconocernos como seres emocionales, y la inteligencia emocional juega un papel fundamental en este proceso, por lo que les invito a inscribirse en los cursos que ofrece el Departamento de Formación y Actualización Académica sobre este tema, porque su aplicación en las aulas es esencial para mejorar la afectividad en la enseñanza y la efectividad en el aprendizaje.

Además de reconocer nuestras emociones, es importante desarrollar la conciencia corporal, esto es, prestar atención a nuestro lenguaje no verbal, porque hasta que alguien nos lo señala: “Siempre tienes cara de enojada”, “parece que todo te desagrada” o “haces tus ojos hacia arriba y eso me frustra”, es cuando tomamos consciencia de ello, y a través [del desarrollo] de la asertividad podremos responder adecuadamente, en vez de querer reaccionar de manera impulsiva.

Para desarrollar dicha habilidad, les invito a buscar libros, documentos o artículos de revistas que hablen precisamente del tema y trabajar en esa conciencia emocional, porque somos seres emocionales y nos relacionamos a partir de la afectividad.

En síntesis, la afectividad en la educación es un elemento esencial y no aislado de los procesos de enseñanza y aprendizaje, ya que influye directamente en la motivación, el rendimiento y el desarrollo integral de los estudiantes. Fomentarla desde la práctica docente implica reconocerse como un ser emocional, capaz de percibir, comprender y expresar las emociones de forma asertiva y, al mismo tiempo, empatizar con las emociones de las y los estudiantes.

La práctica docente afectiva se fundamenta en habilidades como la autenticidad, el respeto y la empatía, que no sólo mejoran el ambiente del aula, sino que favorecen la apropiación del conocimiento por parte del alumnado, al generar interés, conexión y sentido en los contenidos de los programas educativos. Empero, desarrollar la afectividad implica desafíos, como tomar consciencia de las propias emociones, establecer límites claros y abordar una interacción respetuosa entre estudiantes y docentes. Por ello, es indispensable que el personal docente continúe formándose en temas vinculados con la inteligencia emocional, que le permitan desarrollar herramientas para el autoconocimiento y la conexión emocional consigo mismos(as) y con los demás, con el objetivo de lograr cambios significativos en la educación.